

## EL LOCO

Con incierta proa, enfila el navío de  
su inquieta persona hacia Market Street  
o el Tenderloin. De pronto se detiene  
y comienza a esculpir el aire que le rodea:  
con las manos, con el gesto, con el cuerpo  
todo, que no parece que su completa humanidad sea  
otra cosa sino puros martillo y cincel  
gigantescos.

Ahora cesa en su artístico empeño; dirige  
unas palabras a una audiencia invisible, que  
debe acogerlas con gusto placentero, porque  
el loco, asintiendo después de su discurso,  
complacido sonríe.

Debe de ser un sabio; no hay que olvidar  
que el loco, ¡afortunado él!, es narrador  
tercero y omnisciente quien Freud no  
podría desposeer de nada: a saber si en  
alianza con misteriosos fluidos y consuelos,  
es el loco partícipe de un secreto de esfinge  
que le ha hecho dueño afortunado de un Yo in-  
tegral, entero y sin fragmentos formado a la  
par por ojo exterior y subconsciencia.

Otra vez, inesperadamente, el loco emprende  
la batalla del aire. A juzgar por el empeño que  
pone en darle traza y forma, debe de ser el  
aire enemigo espantable, trasgo horripilante:  
la conciencia, quizás, que envidiosa y latente,  
sin tregua ni cuartel, intenta invadir los  
liberados espacios vitales del chalado.

Fernando Espejo-Saavedra  
University of California  
Los Angeles